

Frente libertario

Madrid,
5 de octubre
de 1937

NUMERO 311

editado por el comité de defensa confederal = región centro

LA MISION DEL COMISARIADO

La exaltación y la conservación del espíritu y de la pureza revolucionaria, es la misión primera y principal — casi la única — del Comisariado de guerra

No es el Comisariado una institución que aparezca por primera vez en nuestra guerra revolucionaria. Ya en la guerra de la Vendée, en la guerra feroz y sin cuartel que los aldeanos reaccionarios, guiados por sus sacerdotes y por sus señores feudales, desencadenaron contra los revolucionarios franceses, aparece la figura del comisario, del hombre encargado de velar por la pureza revolucionaria de todas las conductas, de todas las actuaciones; es entonces el comisario, el hombre civil, o, cuando menos, el hombre no militar, que para nada interviene en las operaciones guerreras, pero que cuida de que las actividades de jefes y soldados no quiebren la línea recta y austera de la Revolución. Ese es el comisario, esa es la labor del comisario en las luchas despiadadas del Bocage; ese debe ser el comisario, esa debe ser su labor, en la lucha desesperada que hoy se está librando en los campos españoles.

La pluma difícilmente igualable de Víctor Hugo nos brinda una figura, un carácter, que encarna toda la firmeza, toda la frialdad, todo el espíritu gigantesco y torturado del buen comisario: Cimourdain. Y todos los hombres que en la actualidad ostentan en España el cargo de comisario, en cualquiera de sus grados o categorías, tienen una primera lección que aprender: la conducta de Cimourdain. La encontrarán en esa novela que marca una etapa en la producción literaria francesa y que se llama "El Noventa y tres".

Cimourdain es el alma fría, apasionada de la Revolución; Cimourdain no es un guerrero ni un político: es un revolucionario. Es el hombre que es capaz de hablar alto en la misma mesa donde conversan y discuten—insultándose desde sus posiciones cerradamente ególatras—Danton, Robespierre y Marat. Cimourdain es el hombre que es capaz de llevar a la guillotina a su hijo espiritual, al

hombre hecho a su imagen y semejanza, al mejor caudillo militar de las tropas revolucionarias, al más querido jefe de los azules, a Gauvain en una palabra, porque había te-

nido un momento de flaqueza humana ante una acción heroica y desinteresada del enemigo de la Revolución, del jefe de la Vendée, del marqués de Lantenac.

Su alma de hombre se des-

garra cuando el Tribunal militar dicta la sentencia de muerte de su propio hijo espiritual con su voto decisivo del empate. Igualados los votos del Tribunal en las dos sentencias más dispares que

podían darse, la de muerte, dictada por la razón fría de la Revolución, la de absolución, dictada por el alma de los hombres apasionados y vendidos por la acción grande y desinteresada de Gauvain, Cimourdain tiene que decidir. Y Cimourdain decide, retorciéndose el alma, desgarrándose el corazón, junto con los dictados de la Revolución. Es la pena de muerte para el único hombre querido por Cimourdain, para el único hombre que estremecía las fibras sensibles de su alma revolucionaria. Pero al dictarla, no es Cimourdain, no es el hombre quien la dicta: es el comisario, es el representante de la Revolución, es el guardador de su línea recta e inexorable. Por eso cuando Cimourdain, el comisario, termina su obra y ve cómo la cuchilla siega la cabeza de Gauvain, hace su aparición Cimourdain, el hombre, y un pistoletazo resuena en las altas almenas de la Tourguene. El hombre ha tomado la revancha sobre el revolucionario: pero antes el revolucionario había sabido cumplir con su deber.

Buena enseñanza para todos nuestros comisarios; desde Alvarez del Vayo hasta el más moderno de los comisarios de Compañía, todos nuestros comisarios tienen mucho que aprender de Cimourdain. Lo primero que tienen que aprender, que grabar con letras indelebles en su mente y en su corazón, es que el comisario es la encarnación del espíritu revolucionario, la figura en la que la Revolución se manifiesta como ente físico, el custodio de la pureza revolucionaria.

Y deben recordar también las palabras de Cimourdain en la reunión de los tres gigantes de la Francia revolucionaria, en la reunión de Danton, Robespierre y Marat: "Ciudadanos, no regañéis; la Patria os necesita. La Revolución es una línea recta. ¡Ay del que se interponga en ella!".

CONSIGNAS

"Todo el mundo tiene el deber de ayudar a ganar la guerra." "Hay que trabajar sin descanso para ganar la guerra." "¿Qué es eso de la jornada legal ni de las ocho horas?" "Todo el que trate de mermar el esfuerzo personal es un enemigo de la República y del Gobierno del Frente Popular." "¡Vivan las brigadas de stajanovistas!" "¡Vivan las brigadas de choque!" "Todo el mundo a producir con el máximo esfuerzo para ayudar al Gobierno del Frente Popular a ganar la guerra." "A trabajar sin descanso y a obedecer ciegamente", etc., etc.

Conformes. De acuerdo. Todo el mundo tiene la obligación moral y cívica de aportar su sacrificio para contribuir a ganar la guerra lo antes posible. El que no lo haga así es un traidor a la causa antifascista. Es un emboscado más dañino a la causa que los propios fascistas que tenemos en frente. Todo aquel que en estas horas aciegas por que pasa nuestra Patria no rinde todo el beneficio que puede dar, y que desde luego es necesario, merece el calificativo más duro que a aquel que sabemos fijamente que es un fascista. Porque del fascista no podemos esperar nada más que daño. Si otra cosa hiciese sería traidor a sus ideales. Pero además sería prueba evidente de que no era fascista, que sería antifascista.

Yo no reprocho al enemigo su apatía e indiferencia y hasta su sabotaje a nuestra causa. Está en su lugar, si puede hacerlo, desde luego. Yo al que le pondría contra el muro de la ejecución, sin formación de causa inclusive, es a aquel que llamándose antifascista y algo más para su capote hace todo lo posible, y hasta lo que es imposible, por que esta guerra se prolongue indefinidamente. Hay gentes que en su vida se habían hartado de comer y con la guerra se ahitan; hay gentes que tenían odio al burgués y no era más que por la sencilla razón de que no lo eran ellos, pero que hoy, al socaire de la guerra, ordena y manda, se regodea y presume, igual que un vulgar e infatuado burgués. Hay cada antifascista que, por sus actos, merece calificarle de fascista cien por cien. Hay cada "aiga" de "responsable", o de "titiniente", o de "comendante" que no hace nada más que pasearse con la "cambrioneta" o con el "for" de pueblo en pueblo, acaparando todos los géneros alimenticios que puede y pagándolos a mayor precio que lo que marca

la tasa, porque puede. Todo esto y mucho más que cañamos lo están haciendo muchos antifascistas, pero especialmente los que pertenecen a los organismos del Estado normal, o circunstancialmente adscritos a ese organismo.

Invierno de 1937

En la noche clara, preñada de inquietudes, resuena potente y sonora la voz del jerarca:

— "Esta será una guerra larga y dura".

Y la voz potente, con trenos apocalípticos, dictaron a las masas los buenos mandamientos de la guerra dura y larga.

Palabras proféticas, visión del futuro. Y el pueblo, la masa, improvisó. El pueblo, se dió todo entero a la guerra; y dió sus abrigos, sus mantas y sus colchones a los soldados que sufrieron el primer invierno de guerra. No había nada organizado; el pueblo lo suplió con su estoicismo y su responsabilidad.

La voz potente y sonora, aunque más lejana, repitió machaconamente desde las alturas jerárquicas:

— "Estamos en una guerra larga y dura".

Y el pueblo, que todo lo dió, creyendo que en las alturas jerárquicas, desde donde sonaron los clarines apocalípticos del profeta, había alguien que organizara una guerra larga y dura, se encontró a los catorce meses de subversión con una orden que hay que cumplir o unos pasquines que ha de leer, en donde, autoritaria o sentimentalmente, se piden ropas de abrigo para los soldados del segundo invierno de guerra.

Y el pueblo... sonríe tristemente. Una mueca que parece una sonrisa, pero... sonríe todavía.

El fino instinto del pueblo encuentra en esto motivos para sonreír, aunque sea tristemente.

mo. Y lo hacen porque hay una desproporción tremenda entre sus empujones y el tiempo que disponen para poder hacerlo. O sea que ganan demasiado y no hacen casi nada. Más claro: mucho dinero entre sueldo y plusas y poco tiempo de trabajo o de presencia en donde habitualmente se reúnen para justificar la nómina. Así tienen tiempo para saborear la victoria. Inconscientemente? ¡Ah! Todo el mundo está obligado a trabajar y a hacer lo posible para ganar la guerra luchando y produciendo en la vanguardia y en la retaguardia; pero quien más ahínco debe poner en ello es quien se está comiendo el momio. O sea: los que disfrutan de todas las gabelas que el Estado ha dado a manos llenas para asegurarse una fuerza activa y coactiva a su favor. Esos, que son buenos moscos, de talla gigantesca, bien armados y bien comidos y mejor mimados, ¡al frente y a dar la cara los primeros! Esos funcionarios burócratas de los departamentos oficiales del Estado, pertenecientes a todos los ramos, deben de atemperarse a los sacrificios de los demás ciudadanos comiendo menos y trabajando más.

Vamos a interpretar fielmente todas las consignas y a cumplimentar todos los deseos del Gobierno; pero ¡todos por igual! Y si hay alguna excepción que sea para los que no pueden tenerse ya de pie por la debilidad o la edad.

Para exigir acatamiento y sacrificio a los demás debe el Gobierno empezar por exigírselo a sus funcionarios, que para eso les paga. ¿O es que, en puridad, la colectividad está al servicio de la autoridad, en vez de ser lo que debe ser, o sea lo contrario?

La autoridad no se debe tener por el terror, sino por el ejemplo.

Los funcionarios del Estado hacen la semana inglesa; los funcionarios del Estado guardan la fiesta del domingo; los funcionarios del Estado no hacen nada más que tragar; los funcionarios del Estado, en fin, son el lastre, la sotilía que llevamos a remolque y nos consume todo lo que nos hace falta al pueblo trabajador. Pues bien: ya que para ellos es lo mejor, que se sacrifiquen los primeros. ¿O es que son ya otra casta superior al resto de los antifascistas? Eso de "que cabéis y luego nos iremos a comer" se terminó el 10 de julio. O, por lo menos, debe terminarse. O jugamos todos o se rompe la baraja, y no juega nadie. "¡Que estamos hartos de granujas!"



Por el boicot de los productos de los barcos alemanes, italianos y portugueses

La Federación Sindical Internacional, deliberando en común con la Internacional Obrera Socialista, ha "reconsiderado" el problema de la no intervención, del control y del bloqueo de la España leal.

No solamente las dos Ejecutivas han decidido llevar el conjunto de esta política ante la Sociedad de Naciones, sino que han previsto, sobre todo, una "acción directa" contra los Gobiernos fascistas, y esperamos contra aquellos que son los artífices de las medidas hoy denunciadas.

Desde ahora, si se quiere realmente, puede ser tomada una medida a la escala mundial.

El boicot de los barcos y de los productos alemanes, italianos y portugueses.

La A. I. T. está completamente decidida a unirse a una acción de este género.

Ha informado de su deseo a la Federación Sindical Internacional.

Quiere creer que la F. S. I. examinará la proposición de la A. I. T. y que una acción común podrá ser rápidamente organizada para forzar a las potencias fascistas a retirarse de España.

El pacto de alianza que une la C. N. T. y la U. G. T. para la lucha contra el fascismo autoriza a la F. S. I. para adoptar esta actitud.

La A. I. T., quien propuso sucesivamente la constitución de un Comité de Ayuda y una Conferencia ampliada

contra el fascismo a la F. S. I., quiere creer que ésta no dejará pasar, "en un momento tan grave", la ocasión de reanudar la unidad de acción de las fuerzas sindicales internacionales.

El boicot de los barcos y productos alemanes, italianos y portugueses por las Federaciones de los Transportes Marítimos y Terrestres, por los Dockers de todos los países, puede asestar un sensible golpe a los dictadores, dándoles en un buen lugar: en la caja de caudales.

Pero esta acción no puede producir todos los frutos más que bajo la condición de ser absolutamente general y universal.

Si subsiste el menor orificio, por allí se infiltrará la contraofensiva. Esto no debe producirse. La A. I. T., en todo caso, está decidida a no permitirlo. Tiene la certeza de que la F. S. I. no lo permitirá tampoco.

Preparamos por todas partes, en el mundo entero, el boicot del comercio fascista. Es por ahí por donde hay que apretar. Es el punto más sensible del sistema.

Si este boicot, bien preparado, bien organizado, está bien ejecutado, las potencias fascistas no tardarán en hincar las rodillas.

Todas las Centrales de la A. I. T. deben estar dispuestas a actuar sobre este plan con todos los medios de que dispongan.

Pierre BESNARD.

(Secretario general de la A. I. T.)

rados! se lo agradecerían. Sobre todo, el incauto que llega al Madrid heroico y ve ¡aún! esta infamante polilla. No solamente falta mucho que hacer todavía, sino que a veces pienso que todavía no hemos empezado. Y más aún, que los apetitos se han acrecentado de una forma gigantesca. Los logreros de la guerra están desplegando una actividad inusitada.

Laborar porque desaparezca esta plaga social es una obra benéfica y profiláctica. Con que, ¿a ello a quien corresponda!

¿Quién controla el petróleo, nervio de la guerra?

La capacidad de producción está indicada por las siguientes cifras (producción de 1934, en millones de toneladas):

Estados Unidos	122,325
Rusia	24,400
Venezuela	20,300
Rumania	8,500
Persia	7,537
México	5,525
Indias Neerlandesas	5,765
Colombia	2,448
Argentina	2,049
Perú	1,998
Trinidad	1,507
India Británica	1,216
Irak	1,000
Polonia	530

Pero tres "trusts" controlan los cinco sextos del petróleo vendido en el mundo.

La "Standard Oil Co." (americana), 16,000 millones de toneladas.

La "Royal Dutch-Shell" (inglesa), 16,000 millones de toneladas.

La "Anglo-Persian Oil Co." (inglesa), 9,500 millones de toneladas.

Lo que equivale a decir que tres Estados son dueños del aprovisionamiento de petróleo y mazut del resto del mundo.

La guerra podría detenerse en seco si la "Standard Oil Co.", la "Royal Dutch-Shell" y la "Anglo-Persian Oil Co." cesaran sus suministros de petróleo y de mazut a Japón, a Italia y Alemania, que se sirven de ellos para su guerra a España, a China y para su piratería submarina.

Japón produce apenas el 17 por 100 de su propio consumo, en tiempo de paz, de petróleo; Italia el 2 por 100 y no posee ninguna de las materias primas que permiten la producción de carburantes sintéticos; Alemania, el 10 por 100 aproximadamente, pero ésta ha hecho un gran esfuerzo para la fabricación de las esencias sintéticas. Luego, en 1937, los Estados-trusts son dueños de prohibir toda guerra a los que la hacen en estos momentos.

Estados y "trusts", si quieren verdaderamente la paz, deben dejar de suministrar petróleo a los Estados belicistas.

PARA OBTENER LA VICTORIA DEFINITIVA SOBRE EL FASCISMO, ES NECESARIO UN GOBIERNO INTEGRADO POR EL FRENTE ANTIFASCISTA.

T. Socializados del S. U. I. G. (C. N. T.)

Mensaje revolucionario a la España proletaria

Dr. Félix Martí Ibáñez

(Continuación.)

¡Hombres! He ahí lo que alumbrará este período de lucha. ¡Hombres libres y fuertes, amantes de la cultura, trabajadores de la paz, pero implacables enemigos de todo lo que represente el fantasma del pasado! ¡Hombres! "Dadme cien hombres de esos y revolucionaríamos el mundo", podríamos decir, parodiando la frase heroica.

No sólo entre el proletariado manual deben recolectarse esas espigas humanas que en apretado haz formarán el oro purísimo de la mies revolucionaria. Urge que los intelectuales cesen de comer su pan junto a la lumbrera cálida de su hogar y, abriendo de par en par los ventanales de su torre de marfil a los cuentos de lanza del sol revolucionario, se asomen a bañarse en el alba roja, que ya despunta en el horizonte.

No puede ni debe repetirse aquella "traición de los intelectuales" a que aludía Benda. Para siempre deben desterrarse los viejos recelos entre proletarios manuales e intelectuales. Ambos son equipos de trabajadores cuya piqueta destruye los mismos cimientos siniestros. Y si el proletariado manual ha sabido conquistar la Libertad, a los intelectuales corresponde no dejarla convertida en una aspiración vacía de sentido o en un lirismo retórico, sino llenarla de un profuso contenido de realizaciones.

Esa libertad, ganada gracias a los hombres generosos que se dejaron ametrallar el pecho por las balas de una Revolución purificadora, no puede ser jamás falseada por los intelectuales. Los trabajadores de la inteligencia deben reparar los tristes designios de su herencia apocalíptica, deben borrar los recuerdos de aquellos años en que azuzaron los odios de clase con sus escritos, fomentaron el nacionalismo—germen del fascismo—, avivaron los rescoldos del rencor, las diferencias de Religión, de color, de patria, de ideología social, siendo con ello, con sus proclamas fratricidas, los responsables de la guerra y de las luchas de clase.

¡No! Eso ha terminado para siempre. Los intelectuales tienen la imperiosa obligación de sumarse a la causa revolucionaria.

Se terminó ya aquella época vergonzosa en que el intelectual prostituyó su ciencia o su arte al servicio de un capitalismo asesino.

Se acabó también el dañoso mito del Arte por el Arte, la Ciencia por la Ciencia. Eso son malabarismos intelectuales, una borrachera espiritual que no conduce a nada. ¡Saludemos a la Vida creadora, a la Humanidad que lucha y que sufre! Ella, la masa creadora de los humanos, es lo que llaman los hindúes nuestro "Virat", nuestro Dios vivo, el Dios Supremo de la Humanidad, cuyo cuerpo es la clase trabajadora y cuya sangre, tan pródigamente derramada por la Revolución, tiene el color de la savia dorada de los héroes.

¡En pie, trabajadores! ¡Os llama la Revolución! ¡No temáis los riesgos del camino, las zarzas del dolor, los arenales del sufrimiento, los abismos de la muerte, porque a través del sendero espinoso llegaréis a aureolaros en la luz purísima de las cumbres, donde el agua es nie-

ve y el hombre se convierte en un abnegado servidor de la Revolución. Los hombres y los pueblos que triunfan son los que saben luchar, avanzar, tropezar, caer, empujar la tierra de sudor o de sangre, prosiguiendo fija la vista en el lucero mágico del Ideal.

La Revolución está despertando ya un rubio plantel de artistas nuevos. De entre los humeantes escombros surge un Arte juvenil y vivo. Poetas de la imagen, literatos sociales, intelectuales en germen desputan de día en día. Sus manos firmes modelarán la estampa artística de la joven España revolucionaria. Días pasados, cuando las descargas de fusilería atronaban la calle, pude contemplar la colección de maravillosas pinturas que un artista revolucionario iba creando en las barricadas. Allí, en trazos que inmortalizarán al autor, se perfilaban plásticas efigies de la Revolución que chorreaban luz y rebosaban color. El guerrillero anarquista, plantado ante su trinchera, recio y moreno, como un descendiente de los bravos filibusteros, heraldo heroico de una nueva Era; la marcha triunfal de los milicianos rojos, fraternizando la estrella socialista, la hoz y el martillo comunista y el emblema stendhaliano—rojo y negro—de los libertarios. Allí, en aquellas estampas creía volver a oír aquel son de los pujantes himnos proletarios que parecían bronce de gesta tañendo el Angelus de un alba roja que ya tiñe el cielo. Y luego era una muchachita de fina silueta y rubia melena alborotada empujando el mauer, de pie, en la barricada, gentil capitana pirata en la proa de una nave social enfilada hacia el puerto supremo de la Libertad.

Medallones de bronce de la Revolución, efigies de un instante histórico que se plasma en el lienzo y el papel con imborrables caracteres. Cuando se contempla esta inmensa fuerza creadora que vibra en la Revolución; cuando en la lucha se ve a un proletario formando barricada con su pecho heroico para defender a un herido y al tiempo se mira con los ojos del espíritu a estos bravos guerrilleros, que en su manto azul albergan un Titán del Ideal; cuando se ve a muchachas, como esas magníficas milicianas que en el frente combaten poniendo todas las esencias de su feminidad al servicio de la causa, el triunfo de la Revolución se da por descontado.

Yo en estos días pasados he vivido momentos que me dejaban un grato regusto en el alma, cuando me he introducido en el Palacio antes clerical y hoy destinado a Universidad Popular y he visto allí a los audaces muchachos de las Juventudes Libertarias que hace días se batían en la calle, laborando silenciosa y anónimamente por crear la casa cultural del pueblo. Allí en aquella columna repleta de infatigables abejas bullía el rítmico zumbido de la Revolución humanista, que gota a gota destilaba estos días inolvidables.

He vuelto del frente de batalla de Bujaraloz. ¡Qué huellas tan hondas ha grabado en mí esa estampa épica del frente, que jamás olvidaré!

Bujaraloz. Puebluco estepario. Sol y fuego. Por las plazuelas pulula la columna Durruti. Mil doscientos milicianos vestidos con un ropaje abigarrado—desde el mono azul hasta el traje sintético del naturista—, pero latiendo en todos los pechos el mismo corazón abnegado y entusiasta. Ya referiré más adelante mis impresiones durante estas jornadas.

Ahora, la imagen que de esas horas resta con más vigor en mí, fue aquella media noche en Bujaraloz.

(Concluirá.)

Una peste

En otro artículo que yo dediqué al mismo tema escribí y arremetí contra el abuso y libertinaje sin tasa que existe para ejercer la venta—en realidad atraco—callejera. Esta nueva modalidad de apropiarse del dinero de los demás ha alcanzado un apogeo tan exacerbado que si no se le pone límite va a llegar un día, y no lejano, en que han de ocurrir incidentes desagradables. No hace muchos días yo vi a un "vendedor" que en plena calle de Carretas pedía a un soldado—víctima propiciatoria de estos tiempos—por un reloj de los que en tiempos normales valían en "Sepu" cinco pesetas, la insignificante cantidad de cinco duros. El noble incauto ya se iba a desprender de las veinticinco pesetas, mejor dicho, ya se las había entregado al impúdico "vendedor", cuando la oportuna intervención mía hizo que desistiera nuestro luchador de la adquisición que ya se había realizado. Ahora reconozco que no estuve a la altura de las circunstancias, porque, a renglón seguido, debí denunciar el hecho a las autoridades, para que al miasma le hubieran dado su merecido. Otro día, en plena Puerta del Sol, íbamos un amigo y yo y se nos ocurrió comprar una piedra de mechero, también a un "vendedor" ambulante, el cual nos pidió por una veinticinco céntimos. Este hecho lo presencié un policía que casualmente se encontraba en los alrededores, el que después de amo-

"Castilla Libre" debe ser leído por todo buen confederado

Ayuntamiento de Madrid